



LA SCHLITA.

(CARRUAJE RÚSTICO DE LA SUIZA)

En las asperezas de la Suiza, país delicioso, visitado por todos los viajeros de Europa, se encuentra el hermoso departamento de los Vosgos, cuya naturaleza agreste y poéticamente salvaje no ha desbastado todavía la civilización, conservando aun en el día toda la sublime belleza primitiva.

El paisaje que va al frente de estas mal trazadas líneas, representando su esplendor una de las mas admirables perspectivas de una

naturaleza virgen en todo su esplendor y lozanía; la imaginación mas poéticamente artista no es capaz de idear un cuadro semejante. Montañas cuyas elevadísimas cumbres se pierden en las nubes, y cuyas rocas cubiertas de rica vegetación presentan obstáculos insuperables al parecer, y en las que la mano del hombre apenas ha podido, á fuerza de constancia y de trabajo, abrir algunos ásperos senderos. Uno de estos caminos llamados *voytons*, en el lenguaje del país, está traza'o

18 DE FEBRERO DE 1853.

en la misma roca; se compone de una serie de escaleras rústicas cuyos peldaños están formados con troncos de árboles y sujetos por sus estremidades á estacas fijas en el suelo.

Los habitantes del país se sirven de estas escalas, ya para acarrear la madera que necesitan para su uso, ya para la conducción de los viajeros y habitantes de los valles, que llevados de la curiosidad visitan estos frondosos bosques. La madera que se quiere bajar por esta vía la cargan sobre una especie de trineo ó *schliffa*, delante de la cual se sienta el conductor, que modera la rapidez de la pendiente apoyando alternativamente sus pies en cada uno de los escalones de *voutons*.

Lo singular de este rústico carruaje y lo escarpado de las cuevas imprime una especie de terror, sobre todo en las viajeras, que temen con razón sepultarse á cada paso en los temibles derrumbaderos que ven abiertos á sus pies.

ESTUDIOS LITERARIOS.

TEATRO ANTIGUO.

ARTICULO SÉTIMO.

Al comenzar á hablar, según lo prometido en el anterior artículo, del baile ó elemento mímico, en el coro griego, nos hallamos á la verdad en extremo embarazados; porque ni somos bailarines, ni aficionados al divino arte de Terpsícore, que tan bien cultivaba el rey David cuando se hallaba delante del Arca Santa. Es tal lo angustioso de nuestra posición, tal la incertidumbre que nos aqueja, que nos vemos en el caso de decir lo que Scitace, amante de *Semíramide*, en la ópera de este nombre de Metastasio.

*Vorrei spiegar l'affanno
Nasconderlo vorrei;
Y mentre i dubbi miei
Così crescendo vanno,
Tutto spiegar non oso
Tutto non so tacer: etc. etc.*

Ardua materia es por cierto hacer aquello de Fray Gerundio de Campazas, abandonar los estudios y meterse á hablar de cosas que uno no entiende; fenómeno, por lo demás, muy común en nuestro bienaventurado país, y algo semejante á la peste: por lo tanto, y por lo que á nosotros toca, á buen entendedor media palabra. Ya que no tengamos otro mérito, tengamos siquiera el de la franqueza. La necesidad pues de cumplir lo prometido y de tratar del teatro antiguo griego con cierta estension, dando á conocer uno por uno los grandes elementos de arte, hasta ahora no apreciados como se debía, que encerraba en su seno aquel teatro, nos obliga á desechar cualquier temor, á tranquilizarnos del todo, y haciéndonos atrevidos decir como Quevedo:

No he de callar, por mas que con el dedo
Ya tocando la boca, ya la frente,
Silencio avises, ó amenaces miedo.

Sin embargo, será bueno antes de principiar santiguarnos en el nombre del Padre, del Hijo etc. como se santiguó Rubi al hablar de las mujeres calaveras, y pedir á Dios no nos deje caer en la tentación y nos libre de los malos pensamientos... porque cuando se cruzan por medio pies y piernas femeninos, con mas eso que nosotros los *culleranos* llamamos coquetería, gracia, garbo, y la gente vulgar rumbo, salero etc., nos es necesario hacer estos y otros actos semejantes de devoción, porque dice Espronceda, y con verdad,

La mujer y las flores
Son parecidas;
Mucha gala á los ojos
Y al tacto espinas.

Vamos pues al baile en el coro antiguo. Como la música, como el canto, tenía este toda la majestuosa sencillez del arte griego simbolizado en las tres gracias desnudas.

Si bien estos bailes, ó mejor dicho, danzas mímicas, juegos ó *divertimientos* coreográficos, eran en extremo difíciles en su ejecución por lo complicado de sus movimientos adaptados á la expresión de una idea, de un hecho análogo al del tema de la acción teatral, como sucede ahora en los bailables de nuestras óperas, los del Roberto ó de la Saffo, por ejemplo; ó en los bailes músicos modernos, bailes de carácter, como el de *Idalia*, la Vivandera, Paquita, Palmira, la Cantinera,

Zuleika, la Ondina, la Gisela y otros mil que pudiéramos citar, no llegaba ni con mucho su dificultad de ejecución ni su variedad á la de los bailes modernos. Esa infinita serie de movimientos del cuerpo humano, ora sucesivos, pero de una sucesión talmente rápida é intrincada que ni se percibe ni se comprende á primera vista, ora simultánea y de ejecución no menos difícil; esas posturas características tan vehementes y patéticas; esos ademanes tan significativos, tan variados; esas diversas situaciones que dependen del juego natural de los miembros del cuerpo humano, y que encierran una elocuencia muda de muchísimo efecto; y todas esas buenas cosas de larga enumeración, por medio de las cuales se obliga á la danza moderna á que sea la expresión, lo mas aproximada posible, de una idea dada, y que por otra parte le dan tanto interés y atractivo y le hacen ser, no ya un elemento de arte, un principio en germen, como en lo antiguo, sino un arte completo y verdaderamente tal; todo eso de que hablamos no existía ni podía existir en el teatro griego, como tampoco en el romano. No podía existir, porque el baile, sin el elemento de la música, no es nada; y ya hemos visto cuál era la índole, carácter y significación de esta música.

No vayamos pues á figurarnos que en el escenario griego se ejecutaban bailes análogos á los de nuestros teatros, por el estilo de nuestros bailes provinciales; de esos que vemos todos los días, y que tanto aplaudimos: las Caleseras jerezanas; la Flor de las macarenas; el Ole de la sal; las Mollares de Sevilla; las Majas de Triana; el Jaleo de Jerez, etc., etc., etc.; ni que aquellas bailarinas griegas de que no nos hace la historia particular mención—al menos si la hace nosotros no lo sabemos—pudieran en algun modo compararse con las que tan dignamente honran los presentes tiempos, y entre las cuales, por lo demas, sobresalen las españolas, como en todo aquello que se refiere á la mujer: no: no nos figuremos semejante cosa. Allí no había ni manchegas, ni gallegas, ni malagueñas, ni valencianas, ni jotas, ni jaleos, ni majas, ni gitanas, ni caleseras, ni rondallas, ni macarenas, ni mollares, ni toreras, ni fandangos etc., etc.: allí tampoco podían haberse admirado bailarinas tan buenas, tan sabrosas, como, y principiando por las españolas, la Lola Montes, la Petra Cámara, la Manuela Perea, la Pepa Vargas, la Pepita Oliva etc. etc., y continuando por las extranjeras, la Cerrito, la Fuoco, la Taglioni, la Petipa, la Guy Stephani, la Priora, la Flora Fabri, la Laborde-rie, etc., etc.

El baile antiguo se refería á solos dos términos ó modos como los estilos de su música. El modo patético, tierno, sentimental, representado en el baile de *Ariadna* y compuesto sobre el tema de las aventuras amorosas de esta princesa hija del famoso Minos rey de Creta. La buena señora tuvo, cosa común á las personas de su sexo, la debilidad de enamorarse, como dicen los románticos, de idea, de capricho, de ilusión: se enamoró del aventurero rey de Atenas, Teseo, por la grande, la suprema razón, ¿*risum teneatis amici?* de que era arrogante mozo, buena, buenísima figura: única condición que, por lo visto, antes como ahora, buscaban las mujeres para enamorarse.

Mas este aventurero rey, que era también romántico puro en el modo de enamorar, hizo con esta princesa lo que el piadoso Eneas con la morena Dido: lo mismo que el gran César con la reina Cleopatra, y lo que otros muchos varones con otras muchas damas: llegar, besar el santo y marcharse. Es la única semejanza que hallamos entre el hombre y la abeja: la de sacar ambos la miel del cáliz de las flores. Teseo sacó á su enamorada de la casa paterna, ó mejor dicho, esta se marchó con él. Lo cierto es que á la caída de la tarde se metieron ambos en una bonita nave, de velas blancas como las de los gondoleros que surcan el golfo de Venecia. Sopló la poética brisa que vaga sobre los mares á la caída del sol, empujó liviana la ligera nave etc. etc., y las cosas que allí pasaron tuvieron por testigo al inmenso Océano y al azulado firmamento. Nosotros no las decimos, porque como decía el pícaro Cristóbal de Castillejo al ver la hermosura de Ana:

La lengua se me entorpece,
Y de locos aturdido,
Me retumban los oídos,
Y la lumbre se escurece
A mis ojos doloridos.

En estas y otras cosas, cuya adivinación dejamos á nuestros lectores, llegaron á una isla, la isla de Naxos. El pícaro Teseo, que ya hemos dicho iba de muy mala té, se levantó una mañana muy temprano, montó en la nave, y continuó su viaje sin despedirse de su mujer; pues ya sabemos se habían casado durante la travesía. Y cuentan las leyendas de aquella época que Ariadna abandonada se subió á lo alto de una roca; que desde allí su femenina sombra se reflejaba en el claro azul del mar; que lloró mucho; que se arrancó no sé cuántos pelos, y... pero vamos al baile considerado como ele-

mento mímico en el coro antiguo. Las trágicas aventuras de la hija de Minos, en extremo patéticas, sentimentales, lacrimosas, dieron lugar á la composicion de este baile y á otros muchos del género.

Era el otro baile el titulado la *Romáica*, no sabemos cual es la raíz mitológica de este vocablo ni á qué se refiere. Lo que sí es cierto, que todo lo que tenía el primero de tierno, de sentimental, de vaporoso y sublime, lo tenía este de sensual, voluptuoso y apegado á la tierra, y que caracterizaba su segundo estilo mímico correspondiente al segundo modo musical.

Pero no acostumbramos á hacernos ilusiones. Todo lo buenos y santos que fueran estos bailes tiernos y voluptuosos representados en el *raton urbano* y en el *raton campesino*... á los inteligentes poco porque se les indigesta, todo esto no impide que fuese triste cosa no poder contemplar á lo natural, cual Dios ó Júpiter las hizo, las bonitas caras de las bailarinas atenienses. Cubrian su encantadora faz las caretas de que hemos hablado antes. Bonitas sí, estas caretas, hechas con muchísimo arte y altamente ventajosas para las bailarinas; pero al fin caretas, y esto para las guapas y el público era un gran perjuicio.

Como lo atenienses daban al arte un fin enteramente opuesto al que nosotros le damos, cual era un fin inmediato y positivo, un fin antropológico, referente únicamente al hombre, á la satisfaccion de una de sus ideas ya físicas ya intelectuales, casi nunca morales, sucedía que era el fin de estos bailes mucho mas directo del que nosotros les damos, y por lo tanto no se ponian en escena sino en ciertas y determinadas circunstancias. Y la índole especial de estas mismas circunstancias indicaba cual de las dos especies de danzas era menester poner en escena. La danza voluptuosa ó alegre, la que mas se asemejaba á la nuestra por la rapidez, estension y vivacidad de los movimientos del cuerpo, la danza propiamente tal, solo se ejecutaba con plausibles motivos: cuando por ejemplo una nueva feliz de grande interés para el pueblo, y esta es la cuestion, llevaba á los coristas á entregarse á la alegría que era consiguiente. Así se verifica en el *Ayax furioso* de Sófocles y en las Traquinianas del mismo: en la primera de estas dos tragedias, el coro está solo formado de hombres, de guerreros; y en la segunda solo de mujeres jóvenes. Unos y otros se entregan al inocente placer de la danza, cuando sobrecogidos de temor, de ansiedad, de incertidumbre, por las graves situaciones dramáticas en que se encuentran sus respectivos personajes, aparece en el umbral del escenario la presencia amiga del mensajero trayendo la nueva feliz que ha de calmar su dolor, y abrir su corazón á la esperanza. Esto era de muchísimo efecto, por la sencilla razon de que una de las condiciones del arte es la unidad en la incesante variedad. Las medias tintas, los cla os oscuros, las transiciones, lo que rompe la prolongada monotonía de la uniformidad, constituyen, bien manejados, las grandes fuentes de belleza artística: cosa que no ignoraron los griegos, quienes dejando á la actividad individual del hombre toda la latitud de accion de que es capaz, al ejercerse esta en tan ilimitada esfera, imprimieron á todos sus hechos, ya físicos, ya metafísicos, un carácter marcado de ligereza, de volubilidad, de capricho, matizando el fondo de todas sus manifestaciones con los mil fantásticos colores de su voluptuosa imaginacion. Todas sus artes, la pintura, la escultura y la arquitectura, la música, el baile etc., nos revelan muy á las claras esa variedad de forma y de fondo, de idea y de accion que tan bien traduce la variedad de los hechos esternos del hombre: diremos mas, variedad racional, filosófica, necesaria, de estos hechos.

Pero de estos dos estilos de baile mímico ó teatral que ahora nos ocupan, el mas usado en la escena y que se introdujo mucho despues, es el *patético* de que ya hemos hecho mencion.

Platon, Aristóteles, Plutarco, Ateneo y otros sapientísimos varones de los antiguos tiempos, que para la elaboracion de estas insignificantes cosas que escribimos, nos hemos visto *velis nolís* obligados á consultar,

¡Oh fuerza de la rima á lo que obligas!

gastan mucho tiempo en hacernos grandes y pomposos elogios de esta clase de danza mimica entre los griegos sus compatriotas. No es del caso, aun cuando nos hemos propuesto tratar de este elemento escénico entre aquella gente con alguna estension, traer ahora á cuento *a por b* todo lo bueno que nos refieren. Nosotros los modernos, que comprendemos muy bien lo que pueden dar de sí las humanas piernas, no necesitamos de pormenores que nuestra viva imaginacion suple facilmente. Será bien sin embargo que reconozcamos lo muy acertado que andaba el filósofo de Estagira al trazar el sabroso elogio de la danza patética. Esta, mejor que la primera, la danza alegre y voluptuosa, con mas precision y exactitud, ha conseguido, dice este docto maestro en artes, pintar, reproducir por los movimientos y diversas inflexiones del cuerpo, los hechos de nuestra triple actividad humana; es decir, las acciones; los sentimientos y las ideas. Es de todas las imi-

taciones la mas enérgica quizás, añade Plutarco, el mas hombre de bien de toda la antigüedad greco-latina, porque su elocuencia rápida no se halla debilitada por la palabra, y que de este modo al dejarlo entrever, lo espresa todo con mas vigor, no siendo menos propia á satisfacer el espíritu que á afectar el corazón. Por lo tanto, atentos los griegos á multiplicar los medios de seduccion, no han dejado nada que hacer para perfeccionar este primer lenguaje de la naturaleza: entre ellos la música, la poesia, y la elocuencia se hallan siempre sostenidas por el juego de los actores: este juego vivo y persuasivo anima los discursos de los oradores y aun á veces de los filósofos, etc., etc.

Parece á la verdad cosa estraña que autores de tan subido precio literario hayan condescendido á tomar cartas en asunto de tan poca monta, como es la danza. Que nosotros los modernos lo hiciésemos, nosotros que solemos gastar mucho tiempo en combinar pueriles trivialidades, se concibe siquiera. Pero que Aristóteles, Platon, Plutarco, Ateneo, Eliano, Teofrasto, mas los comentadores de los trágicos griegos, hayan destinado cierto número de líneas de sus obras para trazarnos con el buen sentido que acostumbran la importancia de los movimientos del cuerpo humano en el escenario, esto á primera vista hace creer que los predichos autores, cuando escribieron se hallaban en un estado de edad próximo á la vejez; edad de quien dicen los mal intencionados que uno no goza constantemente del lleno de sus facultades intelectuales.

(Continuará.)

ANTONIO DE AQUINO.

EL CARNAVAL.

Estudio comparativo de costumbres de la época.

CUADRO PRIMERO.

Un gabinete elegante.—Son las doce de la mañana del tercer día de Carnaval.—El duque de X... se acaba de levantar, y toma chocolate en una mesita de té colocada junto á la chimenea.

DUQUE. (A su ayuda de cámara). Se ha levantado la señora?

AYUDA DE CÁMARA. No señor: le dura todavía la jaqueca.

DUQUE. Está buen día, José?

JOSÉ. Magnífico: vea V. E. (Levantando una cortina de terciopelo.)

DUQUE. Celebro que no se agüe nuestra mascarada.—¿Se ha enfundado la carretela azul?

JOSÉ. De arriba abajo. Nadie conocerá en el Prado que es el coche de S. E.

DUQUE. A las dos que esté enganchada, y vestidos Juan y Diego con sus trages de diablos: que vayan entonces á buscar al conde, al marqués y al general, y que los traigan aquí, que es el punto de reunion, y adonde vendrán los demás amigos á caballo.—Tú llégate á la confitería mahonesa y compra diez ó doce libras de caramelos y confites... para tirar desde el coche. No olvides que pongan entre ellos unos cuantos de pega... A quien S. Juan se la dé, S. Pedro se la bendiga.

JOSÉ. Está muy bien.

DUQUE. Al mayordomo, que hoy seremos veintidos de mesa, y al cocinero que no olvide elojaldre de Carnaval, con sus correspondientes aditamentos.

JOSÉ. Ha concluido V. E.? (por el chocolate.)

DUQUE. Sí: puedes llevártelo todo. (Vase José con la bandeja; al mismo tiempo sale el baron.)

BARON. Buenos dias, Luis.

DUQUE. Hola, Federico. ¿Dónde diantres te has metido anoche?

BARON. (Tendiéndose sobre un divan.) En la cama, querido, en la cama. Quise descansar el segundo día de Carnestolendas, como Dios descansó el sétimo de la semana.—Y tú, ¿adónde fuiste?

DUQUE. ¿Adónde habia de ir?—A Capellanes.

BARON. Un hombre casado!

DUQUE. Bah! Si porque está uno casado no fuera á pensar mas que en su mujer!...

BARON. ¿Qué dirias si la duquesa volviere la oracion por pasiva?

DUQUE. Es muy diferente. Los pasatiempos de los hombres no comprometen nada...

BARON. Algunas veces su fortuna; no pocas su sosiego; bastantes su honor.

DUQUE. Tú exageras. ¿Qué importancia tiene que yo me divierta un poco con las oficiales de la modista de Matilde?

BARON. De ese modo suelen empezar enredos que el diablo sabe cómo acaban.

DUQUE. Es tan agradable olvidar uno su cadena de cuando en cuando... creerse libre, soltero... Ay! (*suspirando*) ver en fin si todavía es preferido por su mérito personal!

BARON. Fátuo!

DUQUE. Y anoche me convencí de que á pesar de mis treinta y seis años puedo inspirar una verdadera pasión. Si supieses qué aventura tan particular!

BARON. Aventuras de máscaras; de las que nos suceden á todos.

DUQUE. No, no; cuando te digo que es una verdadera novela!—Figúrate que acababa de entrar, cuando se dirige hácia mí una máscara con dominó negro y se coge sin ceremonia de mi brazo... Qué talle, qué pié! y sobre todo qué ojos!—Me habló de Matilde, de tí, de Carlos, de mil cosas; y siempre con una gracia, con un talento! Yo me permití ciertas pequeñas libertades, que ella no castigó. Por ejemplo, descubrí su brazo... el brazo mas lindo de Madrid! Ya sabes que el de mi mujer pasa por modelo: pues aquel era mucho mejor.

BARON. O al menos te lo pareció á tí.

DUQUE. Es verdad; lo ajeno, lo desconocido siempre parece mejor.—Si no hubiese sido porque habia dejado á Matilde en la cama, con una jaqueca terrible, con el doctor Nuñez y sus globulitos á la cabeza, hubiera sospechado quizás...—Había una circunstancia, y era que anteaer almorzando aposté mi mujer conmigo que no la conocería si me embromaba hoy martes en el teatro Real. Figúrate tú! No conocer á mi mujer despues de ocho años de matrimonio!

BARON. Hubiera sido una torpeza.—¿Y qué apostásteis?

DUQUE. Ella una botonadura para chaleco; yo una magnífica pulsera con brillantes que he visto en casa de Pizzala.

BARON. La cosa valía la pena.—Pero continúa tu relacion.

DUQUE. Mi desconocida me prodigó las frases mas tiernas y los apretones de manos mas afectuosos: yo la besé la suya dos ó tres veces, y aun creo que la abracé otras tantas... aunque no quiso acceder nunca á mis proposiciones de cenar conmigo ni de quitarse la carántula.

BARON. Es que tu gloriosa conquista era una vieja.

DUQUE. ¿Vieja? ¿Con aquel brazo, con aquel talle, con aquel cuello de cisne?—No, no; era una jóven, y una jóven encantadora.

BARON. Y en fin, ¿en qué quedásteis?

DUQUE. Quedamos en que esta noche me aguardará en el palco bajo número 7 del Teatro Real, que ella, segun me dijo, tiene á su disposición.

BARON. ¿É irás?

DUQUE. ¿No he de ir?

BARON. ¿Y proseguirás esa peligrosa intriga?

DUQUE. Buen tonto habia de ser sinó!

BARON. ¿Y si tu mujer lo averigua? ¿Y si va tambien al baile?

DUQUE. ¡Pobrecita! ¿Como ha de ir? ¡Dudo que se levante hoy tampoco de la cama!—El doctor Nuñez me dijo anoche que era una jaqueca nerviosa.

(*Abrese la puerta del gabinete, y aparece la duquesa en traje de mañana, muy pálida y casi vacilante.*)

DUQUESA. ¡Ah! ¡no estás solo, Luis! (*Desde el umbral.*)

DUQUE. Entra, entra, Matilde; es nuestro amigo Federico. ¿Cómo te sientes, ángel mio?

MATILDE. Algo mejor.—Buenos días, baron. (*Dándole la mano.*)

BARON. Celebro el alivio, duquesa.

MATILDE. (*Sentándose con abatimiento.*) Ahora mismo me acabo de levantar, haciendo un esfuerzo, por ver si gano esta noche una cierta apuesta...

DUQUE. Puedes hablar delante de Federico, á quien se lo he contado todo. ¿Y harás la locura de ir?

MATILDE. Veremos si puedo... pues aun me duele la cabeza horriblemente. Baron, ¿qué opina V.? ¿la ganaré?

BARON. Espero que sí; porque nada es imposible para V.

MATILDE. Gracias. La pulsera es preciosa, y tengo capricho por ella.

DUQUE. La tendrás si quieres sin ir; porque sería una calaverada...

MATILDE. ¡Hola! ¿tienes miedo de quedar derrotado?

DUQUE. No, no; tu salud es lo que me interesa; y despues de haber estado en cama día y medio... (*Bajo al baron.*) Quitásete de la cabeza mientras yo voy adentro á afeitarme.

BARON. (*Bajo.*) ¿Temes que descubra tu intriga?

DUQUE. No; pero... En fin, quitásete de la cabeza. (*Alto.*) Querida Matilde, son las doce y media, y á las dos es nuestra cabalgata; haz compañía á Federico mientras yo voy á prepararlo todo. Hasta despues, Federico.

BARON. Hasta despues.

DUQUE. (*Besando en la frente á su mujer.*) Cuidate por Dios, alma mia. (*Aparte.*) El brazo de la otra es mucho mejor. (*Vase.*)

MATILDE. (*Levantándose rápidamente.*) ¡Infame! Finge... como una mujer.

BARON. ¿Ha descansado V., duquesa?

MATILDE. Sí, sí. ¿Y el palco del Teatro Real?

BARON. Aquí lo tiene Vd. Bajo, número 7.

MATILDE. Gracias. Federico, Vd. me acompañará tambien, como anoche... y vive Dios que he de castigar á ese pérfido!

CUADRO SEGUNDO.

Una guardilla pobre; muebles viejos; un lecho en el fondo en el que duermen dos niños.—Juan y Maria sentados junto á una copa de barro, donde hay un poco de fuego.

MARÍA. El día está hermoso, Juan, y es el último de Carnaval.

JUAN. Será menester que nos divirtamos, María.

MARÍA. El caso es que no tenemos un real. Como no has trabajado la semana pasada...

JUAN. ¡Está todo tan malo!

MARÍA. A mí tampoco me han dado de coser en el corte.

JUAN. ¡Pero no salir de casa el último día de Carnestolendas!

MARÍA. ¡Si encontrásemos quien nos prestase un par de duros!

JUAN. El Monte de Piedad se habrá cerrado ya.

MARÍA. ¿Y qué habíamos de empeñar? Allá han ido los dos cubiertos que me regaló el ama cuando nos casamos, tu reloj de plata, y mi mantilla de blondas.

JUAN. Si empeñásemos mi capa! Estamos á fines de febrero, no debe hacer ya mucho frio, y por lo tanto bien puedo pasarme sin ella...

MARÍA. ¡Si tú quieres!... ¡Ay qué gusto! Iriamos primero al Prado de máscara, y por la noche al Circo de Paul... ¡Y ahora que caigo!...

¿Con qué habíamos de disfrazarnos?

JUAN. ¿Pues no hay sábanas en la cama? Tú con una y yo con otra.

¿No conservas las carántulas del año pasado?

MARÍA. En el cofre estan muertas de risa. Mas si el Monte se ha cerrado...

JUAN. Mira, don Judas, el vecino del cuarto segundo, presta dinero sobre alhajas y ropas en buen uso, con el moderado interés de peseta por duro mensualmente. Llévale la capa, y á ver si le sacas media onza: una costó en las roperías de la calle de Atocha el invierno anterior.

MARÍA. Voy corriendo. Cuidado no se despierten los chicos y tengamos zembén. (*Tomando la capa.*)

JUAN. No lo temas: no chistaré. (*Vase María.*) Y ahora que me acuerdo, es menester despertarlos si hemos de ponernos las sábanas; porque como no hay mas cera que la que arde, es decir, mas sábanas que las puestas... (*Va al lecho y trata de sacar las sábanas de entre los colchones: los niños se despiertan.*)

LA NIÑA. (*Llorando.*) ¿Por qué no me dejas dormir, padre?

EL NIÑO. ¡Toma! ¡es que vamos á pasear! (*Los dos saltan de la cama.*)

LA NIÑA. ¡A paseo, á paseo! (*Dando palmaditas.*)

EL NIÑO. Y yo tambien, y yo tambien.

JUAN. ¡Vaya si es diablura que se hayan alborotado! (*Aparte.*)

MARÍA. (*Volviendo á salir.*) Ese don Judas es un judío.

JUAN. ¿No te ha dado la media onza?

MARÍA. ¿Media onza? Dos napoleones... y gracias.

JUAN. ¿Cómo ha de ser! No perdamos tiempo, que es la una dada. (*Comenzan á disfrazarse: María saca las caretas del cofre.*)

EL NIÑO. Madre, ¿y yo qué me pongo?

MARÍA. ¿Qué te has de poner, arropiezo? Tú te quedas en casa.

EL NIÑO. (*Llorando.*) Yo no me quiero quedar... yo no me quiero quedar...

LA NIÑA. ¿Y yo voy, madre?

MARÍA. ¿Qué has de ir tú?

LA NIÑA. (*Llorando.*) Yo quiero ir... yo quiero ir...

JUAN. Despacha, María, que esto es un infierno.

MARÍA. Callad, criaturas, callad. (*Los niños siguen llorando.*)

JUAN. ¿Tendremos bastante con dos napoleones?

MARÍA. ¿No hemos de tener?

JUAN. Porque ya ves, los billetes de la entrada al baile... y luego que algo hemos de cenar...

MARÍA. Por supuesto.

JUAN. Podías haber llevado tambien tu pañuelo de seda.

MARÍA. Ahora ya es tarde, porque don Judas salia igualmente de máscara.

JUAN. ¿El? Un judío?

MARÍA. Por eso iba disfrazado de cristiano.

JUAN. ¿Estás ya lista?

MARÍA. Sí, vamos. (*Los niños se agarran de su madre llorando siempre.*)

LOS NIÑOS. Yo quiero ir... yo quiero ir.

MARÍA. Volvemos pronto. (*Soltándolos.*) Corre, Juan.

JUAN. Echa la llave, y vámonos. *(Desaparecen: los niños siguen llorando: después de algunos momentos dice:)*

EL NIÑO. Ya que nos dejan solos y encerrados, vamos á comernos la cena.

LA NIÑA. Sí, sí.

EL NIÑO. Y vamos á quemar al gato.

LA NIÑA. Sí, sí.

EL NIÑO. Para esto, hagamos una grande hoguera.

LA NIÑA. ¿Cómo?

EL NIÑO. ¡Toma! Echando la paja del jergon en la lumbre.

LA NIÑA. ¡Sí, sí! *(Ejecutan lo que dicen: á poco se levanta una viva llama, que los niños avivan continuamente. Media hora después tocan á fuego todas las campanas de Madrid.—Juan y María se divierten mucho en el Prado.)*

CUADRO TERCERO.

Son las once de la noche del mismo martes de Carnaval.—Una salita modesta en casa de un empleado.—Este, su mujer, su hijo y su hija se hallan sentados en derredor de una copa de metal.

LA MADRE. Carlitos, ¿conque tanto has embromado esta tarde?

EL HIJO. Como que nadie me ha conocido: verdad es que yo no conocia tampoco á nadie.

LA MADRE. ¿No le viste, Ruperto? *(A su marido.)* Iba hecho el mismo diablo. Figúrate que le puse mis enaguas almidonadas, mi pañuelo de crespon, y la cofia con que duermo.

D. RUPERTO. Bueno estaria, Margarita.

CARLOS. Todos me preguntaban si salia del hospital. Pues aun habia otras máscaras mas ridiculas.

LA MADRE. Luisita y yo le seguimos á lo lejos, riéndonos de su facha.

LUISA. Mamá, ¿quién seria aquel morazo que nos persiguió diciéndonos que nos conocia?

DOÑA MARGARITA. ¡Toma! El mancebo de los tirolese de enfrente.

LUISA. ¿Y aquel otro que le llamó ingrata?

DOÑA MARGARITA. *(Sonrojándose.)* A aquel no le conocí.

LUISA. ¡Vaya si son cosa divertida las máscaras! Todos le dicen á una cosas bonitas, ó la echan chicleos y requiebros. Papá, mire Vd. qué caramelo tan largo me arrojaron de un coche. ¡Tiene media vara lo menos!

D. RUPERTO. Supongo que no lo comerás.

LUISA. ¿Por qué no?

D. RUPERTO. ¡Boba! ¿No adivinas que es de pega? Tiralo, tiralo. ¿Quién sabe si estará envenenado?

LUISA. ¿De veras? Pues toma, toma, papá.

D. RUPERTO. *(Guardándose, aparte.)* Meservirá para hacer una espresion en Oriente á Doña Paula. Parece esquisito... Como que es de la Mahonesa.

DOÑA MARGARITA. Ruperto, ¿á que no sabes el empeño que tiene contigo Luisita?

D. RUPERTO. No lo acierto.

DOÑA MARGARITA. Quiere que la des licencia para ir conmigo y con su hermano esta noche al baile del Teatro Real.

D. RUPERTO. ¿Al baile del Teatro Real? ¿A ese lugar de intrigas y de perdicion?

LUISA. Yendo del brazo de mamá no me perderé.

D. RUPERTO. Tú, Margarita, debias quitárselo de la cabeza en vez de... ¡Una señorita bien educada, ir á las máscaras!

LUISA. ¡Son tantas las que van!

D. RUPERTO. Pues no señora, no doy permiso.

DOÑA MARGARITA. Te aseguro que á mí me gustaria dar un vistazo...

D. RUPERTO. Tú te has vuelto loca. Repito que no, y mil veces no.

CARLOS. Me parece muy bien que no vayan mamá y Luisa; pero los hombres...

D. RUPERTO. Los hombres es diferente; por eso voy yo.

CARLOS. Y yo tambien, si me lo permites.

D. RUPERTO. Tú no eres hombre; eres un pollo, y bastante tienes con lo que te has divertido esta tarde en el Prado.

CARLOS. ¡Papá!..

D. RUPERTO. Nada; no hay que hablarme de eso... y váyanse Vds. á acostar, que son las once y media.

LUISA. *(Refunfuñando.)* Pues, la ley del embudo...

DOÑA MARGARITA. *(Bajo á Luisa.)* No tengas cuidado: iremos. Buenas noches, Ruperto.

D. RUPERTO. Buenas noches, Margarita. Dormir bien.

LUISA. *(Besando á su padre.)* Que te diviertas, papá.

CARLOS. Buenas noches. *(Aparte yéndose.)* Yo me escaparé en cuanto él se marche.

Media hora después, Carlitos sale con dominó de su cuarto; el criado le abre la puerta de la escalera, y él baja los escalones de cuatro en cuatro.

CARLITOS. Que no le digas nada á papá, Périco.



(Reclinatorio de anacardo, hecho por el tallista J. S. Fritsch de Viena.)

PERICO. Pierda Vd. cuidado.

CARLITOS. Y que estés despierto cuando yo llame.

PERICO. Vaya Vd. tranquilo.

Doña Margarita y Luisa salen de su cuarto con capuchones negros, seguidas de la doncella.

DOÑA MARGARITA. Blasa, á las cinco estaremos de vuelta. Si viniese el amo antes, no le diga Vd. que hemos ido al baile.

BLASA. Por supuesto.

DOÑA MARGARITA. Me llevo la llave por no llamar abajo; pero esté Vd. en la antesala para que no tiremos de la campanilla.

BLASA. No me moveré de allí en toda la noche. Que Vds. se diviertan mucho.

DOÑA MARGARITA. Vamos, Luisita.

LUISA. ¡Que felicidad! Ir á un baile de máscaras!

DOÑA MARGARITA. En la calle nos estará esperando D. Calisto con un coche.

LUISA. ¡Mamá, si sería D. Calisto el que te apretó la mano?

DOÑA MARGARITA. Silencio!

LUISA. ¡Pobre Carlitos! ¡Ya estará durmiendo! ¡Si encontrásemos en el baile á su amigo Enrique! ¡Qué guapo muchacho es, mamá!

DOÑA MARGARITA. Silencio! Lo dicho, dicho, Blasa.

Vanse Doña Margarita y Luisa. Blasa corre á su cuarto, y se viste de valenciana.

BLASA. ¡Creí que no se marchaban nunca!.. ¡Y Fulgencio, el criado del cuarto segundo, que me estará esperando para ir juntos á Capellanes! Yo no les digo nada á los compañeros... Cuando salga cerraré la puerta quedito... y como estarán ya durmiendo, no me sentirán. Volveré á las cuatro y media para recibir á las señoras, y nadie notará mi ausencia.

(La cocinera y el criado, grotescamente disfrazados, salen de puntillas mirando al cuarto de Blasa).

PERICO. Aun tiene luz en su cuarto, Rufina.

RUFINA. ¡Estará leyendo: como la echa de tan destruida!

PERICO. ¿Que haremos?

RUFINA. Dejar la puerta entornada.

PERICO. ¡Diantre! ¿Y si entran ladrones?

RUFINA. Cerrando bien la de la calle...

PERICO. ¿Traes la llave?

RUFINA. Sí; la que me ha prestado la vecina de la guardilla.

PERICO. Pues vamos.

RUFINA. Vamos.

BLASA. (Saliedo en seguida.) ¡Quién habrá dejado abierto aquí? Sin duda la señora por si yo me dormía. Pues dejémoslo en tal estado... con eso me iré mas descansada.

CUADRO CUARTO.

La calle donde está la casa de don Ruperto: cuatro hombres en la esquina inmediata.

HOMBRE 1.º ¿Han salido todos?
HOMBRE 2.º Primero el amo, luego el señorito, despues la señora, y por último, uno detrás de otro los criados.
HOMBRE 3.º ¿Entonces no hay nadie dentro?
HOMBRE 1.º Nadie.
HOMBRE 4.º ¿Y en el cuarto segundo?
HOMBRE 1.º Solo una vieja enferma.
HOMBRE 2.º Así podemos dar el golpe con seguridad.
HOMBRE 1.º ¿Traéis las ganzúas?
HOMBRE 2.º Aquí viene toda la herramienta.
HOMBRE 3.º ¿No pasa ninguno ahora?
HOMBRE 1.º Los municipales estan de baile tambien, y acabo de ver al sereno durmiendo en la puerta del número 8.
HOMBRE 3.º Pues adelante!
TODOS. Adelante.

Cuando don Ruperto y su familia vuelven del baile, encuentran la casa sin ropas y sin dinero.

RAMON DE NAVARRETE.

EN TÍTULOS DE COMEDIA

TODO ES FARSA EN ESTE MUNDO.

Te pudiera Engañar con la verdad, carísimo lector, si imitando á El pintor de su deshonra, te ocultase la diferencia que hay entre Lo vivo y lo pintado, y sin mostrarme El vigilante no te descubriese El pró y el contra de El valle de lágrimas en que vivimos, para que cual otro San Francisco de Borja puedas conocer que En esta vida todo es verdad y todo mentira.

Aunque no soy partidario de la Misanropía ni me place hacerme El melancólico, ni tengo Los dones que se requieren para Las improvisaciones, al menos te podré decir Una de tantas verdades como salen

de La redaccion de un periódico, y que si quieres penetrarte de ellas Muérete y verás.

Tres comedias en una te pondré por ejemplos, pues el Gran mercado del mundo no es sino La comedia casera representada en La Tertulia de la estufa, y cuyos primeros papeles son Los Picos de oro y La orquesta femenina. El amor y la amistad serán La primera informacion que ocupe mi péñola, porque El poder de la razn me ordena que los Afectos de amor y celos sean mas preferentes en literatura, que La política de amor, y que La civilizacion en lecciones.

A cada paso un peligro encuentras si te dedicas á Amar como se ha de amar; y mucho mas si eres de los que piensan Amar por burla; porque como Con amor no siempre la amistad es lo mejor, tratas de Engañar para reinar, y te encuentras que en vez de ser El enemigo engañado, se han cambiado Los engaños de un engaño y confusion de un papel, viniendo á ejercer la favorecida En mujer venganza honrosa; y como En mujeres hay venganza y en su venganza castigo, te pones En los mayores conflictos, sin que basten á sacarte de ellos Las astucias de Lucifer. Si al contrario te decides por Amar despreciando riesgos, y te conviertes en El amante español, Los amigos enojados de semejante proceder te comparan con Los amantes de Teruel ó con Los amantes de Verona, ó con Los amantes de Cartago, porque como ellos creen que Diablos son las mujeres y Todo en amor enredo, estan por Hacer del amor venganza, olvidando que Amor es esclavitud, y que Amor es la primera obligación; sin cuidarse tampoco de que Amor, lealtad y amistad son Los tres blasones de España, y que En vano es querer venganza cuando amor pasiones vence. Así pues, ten presente Que en riesgos luce el amor, que En el mayor imposible nadie pierde la esperanza; y que En vano el poder persigue á quien la deidad protege.

Si eres de Los lechuguinos y llevas diariamente Los guantes amarillos, y al pasar por debajo de las ventanas de Magdalena oyes decir: Qué hombre tan amable! aunque no lo han dicho por tí, como te asemejas al Pobrepretendiente en lo relativo á El amor y la amistad, te decides á declararle á La Filis de tus pensamientos Los primeros amores; y considerándote Un novio á pedir de boca te armas de La pluma prodigiosa, y en El ramillete y la carta que le diriges le protestas Querir como no es costumbre, y le pides que acuda á Las citas á media noche para que llegue á su oído El eco del Torrente amoroso que tu corazón desgarrar, y puedas oír de su boca El sí de las niñas por tí tan deseado. La Magdalena que se ha educado en la Escuela de las coquetas, y que dice no haber recibido todavía La primera leccion de amor, aparenta temer á La calumnia y te niega en la apariencia Las citas solicitadas. Tú insistes en La demanda y te vales de Una vieja: esta solo puede conseguir que te digan Amar por señas, que opongas Finezas contrá desvíos, y que tengas Cuidado con las amigas, porque de lo contrario has de saber que Amor venga sin agravios, y sobre todo Paciencia y barajar. Como tú te has decidido á Amar por razon de estado, sufres con resignacion temiendo á Los padres de la novia y esperando Probar fortuna. Por una de aquellas Casualidades imprevisitas logras una cita á la una en La hosteria de Segura; y cuando vas como otro D. Juan Tenorio hácia el sitio, te encuentras con Un tercero en discordia, que parecido á El encubierto de Valencia te proporciona Un desafío. Concertado este después de La serenata que ha de tener lugar aquella noche, media El amigo íntimo, y concluye El desafío por Un día de campo. Las causas de La Metamorfosis ocurrida, si tienes las ideas de El hombre pacífico, ya las conocerás, y por eso yo digo que Todo es farsa en este mundo.

Amigo amante y leal piensas tú encontrar en todos los que de amigos te se brindan; pero Los filósofos de Grecia te advierten que No hay amigo para amigo; y te ves precisado á estudiar el modo de sacar El engaño en la verdad, y á distinguir El amigo por fuerza de El amigo hasta la muerte. El espejo del mundo te advierte que Nadie fie en lo que vé porque le engañan sus ojos, y el proverbio te enseña que Hados y lados hacen dichosos y desdichados, para que sepas Guardar y guardarte. La vida de un jugador te pone bien en claro que De un yerro nacen mil yerros, que El mayor monstruo del mundo es no saber pronunciar La sentencia contra sí, ni saber constituirse en El Médico de su honra, porque entonces viene uno á ser El tirano de sí propio; que El laurel de la fortuna pronto se seca; y todo viene á demostrar en último fin Lo que hay que far del mundo.

Figúrate, caro lector, que te conviertes en Un Ministro, y al momento dices muy ufano: ya he podido clavar La rueda de la fortuna; me voy á convertir en Un verdadero hombre de bien, y voy á dar Al César lo que es del César sin Juzgar por apariencias ni acudir jamás á Medidas extraordinarias. Pero es el caso que en El cuarto de hora te se presentan Los dos Tribunales, y te revelan Un secreto de Estado en que El honor español se halla comprometido, porque Los partidos se han poseído de El afán de figurar. Te ves en la necesidad de combatir La ambicion, porque así te dice El Diplomático que debes calificar el objeto de tus contrarios. Tú te opones á La degollacion de los ino-

centes, pero á poco se ofrecen á tu vista *Los cobradores del banco*, te aconsejan que es *La mejor razon la espada*, y que de aceptar la marcha que te se propone lograrás *El día mas feliz de la vida*. Vacilas aun, pero te se prepara *La Ponchada*, te cogen *Palabras y plumas* en un momentito, te hallas acometido de *Flaquezas ministeriales*, y el resultado es arrostrar *El que dirán y el que se me da á mí*. Hé aquí ya vencida turepugnancia, convertida en *D. Trifonó todo por el dinero*, y cumpliéndose en tí aquel proverbio de que *Quien habló pagó*. Este era *El disfraz de El hombre de mundo* en los felices tiempos de *El primer Conde de... Flandes*.

La revolucion de julio con *Pelear hasta morir* restableció *El poder de la razon* enalteciendo *La fuerza de la ley* que vestia el ropaje de *La dama muda*; y al dejar á *La inocencia triunfante* salvó la *Mística monarquía* de las asechanzas que le preparaba la *República conyugal*, poniendo de manifiesto *Cómo luce la lealtad á vista de la traicion*. Pero *El cambio de mano* que ha tenido lugar, y que causando *El asombro de la Francia* ha acreditado lo que es *El español entre todas las naciones*, concluirá con *La manzana de la discordia*, y traerá *La reconciliacion de los partidos*, ocasionando *La dicha por el agravio*, y cumpliendo la máxima de que *Antes que amor es la patria*.

Si yo no conociera *Lo que va del hombre á Dios*, te respondería hoy, carísimo lector; pero como *Los enredos del diablo son muchos*, lo dejo para mas adelante, y solo te repito que *Todo es farsa en este mundo*.

MANUEL MALO DE MOLINA.

UNA APUESTA.

(Continuacion.)

—Escribe pues, dijo Aguilar colocándola el papel.

La jóven se detuvo aun algun tiempo suplicando, llorando, arrastrándose de rodillas; pero todo fué en vano; Aguilar parecía cada vez mas exigente y mas grosero, pues queria apagar su emocion por medio de la inprudencia y el cinismo, como algunos cobardes fanfarrones que cierran los ojos en el peligro y se lanzan queriendo aturdirse para no sentir el miedo.

Angélica escribió. D. Juan cogió la carta y la dijo:—Ahora sígueme.

Todas las fuerzas de Angélica se habian agotado, y obedeció sin darse cuenta de lo que hacia. Su razon se habia eclipsado, y parecia un cadáver movido por un procedimiento galvánico. Al pasar por delante del cuarto de Enrique, Aguilar deslizó la carta por debajo de la puerta, y luego tomando á Angélica en los brazos, como quien coge á un niño, atravesó el jardín, escaló otra vez la tapia, y llegó á refugiarse en un coche que le esperaba á pocos pasos.

—A galope, dijo al cochero.

—¿Adonde? preguntó este.

—A Madrid, calle de Leganitos, número...

El coche se perdió pronto entre las sombras.

Una hora después Aguilar pálido como un espectro se presentó á Margarita, que recostada en una butaca, leía un tomo de novelas francesas.

—He obedecido, dijo al entrar.

—¿Es Vd. dueño de ella?

Aguilar hizo con la cabeza una seña afirmativa.

—¿Y Enrique ha recibido la carta?

—La he echado por debajo de la puerta de su cuarto.

Margarita estrechó la mano de Aguilar, y le sonrió afectuosamente. —Está fué la única paga de aquella infamia.

En este momento una doncella apareció en la puerta del gabinete.

—Tome Vd. este libro, la dijo Margarita, y encargue en la librería que no me traigan mas novelas de Soulié, porque son muy inmorales.

Margarita hablaba de buena fé. ¿Qué es la inmoralidad para el mundo?

V.

EL RETO.

Desde la mañana siguiente Enrique volvió á su antigua vida de orgía y escándalo, buscando á todo precio sensaciones fuertes, el placer coronado de espinas, las lágrimas de la alegría mezcladas en una misma copa con las lágrimas de la desesperacion. Semejante á los que para olvidar pesares se embriagan y cada día necesitan doble número de vasos para embriagarse, hasta que el último les produce la muerte; así Enrique apuraba á largos tragos la copa del vicio, y muchas veces llevaba á sus labios la del crimen. Un nuevo duelo cada mañana

y un nuevo amor cada noche, le sostenian en un estado febril que no le permitía pensar, y esto era lo que él deseaba. Para la mayor parte de los hombres, este deseo, esta necesidad mas bien será incomprendible, pues no todos tienen en su alma esa parte pura, emanacion inmediata de Dios, que nos une con él desde el mundo y que se llama poesia; muchos ignoran esa aspiracion informulada, nostalgia del ángel ó sueño del hombre, que apenas tiene traduccion en el lenguaje del mundo, y que encadena lo finito á lo infinito, lo real á lo ideal. Para el que ha nacido poeta es una necesidad el creer y el amar, porque la fé y el amor constituyen su alma; y cuando el desengaño con su mano de hielo siega en flor sus ilusiones, su corazon muere de la muerte de ellas. El alma de Enrique aletargada durante tanto tiempo por la copa de la orgia, habia despertado por un momento, y habia creído ver como un prisionero descender un ángel á su calabozo en un puro rayo de sol; pero habia corrido á abrazarle; las blancas vestiduras del ángel se habian deshecho al tocarlas como las de un cadáver secular; sus alas habian caído reducidas á polvo, y solo habia abrazado como siempre el esqueleto inmundo de la realidad, que se burlaba de él con su risa dasdentada. El primer momento de su dolor fué verdaderamente terrible; creyó que las fibras de su alma se rompian como las cuerdas de una lira arrojada al fuego; mordió sus labios hasta hacerlos brotar sangre, y de sus ojos corrió una lágrima de desesperacion, como la que escaldó la mejilla de Luzbel el día de su caida; pero todo esto pasó en el silencio de la soledad, y hábil cómico, cuando se presentó en el escenario del mundo, su rostro habia cambiado, y nadie podia descifrar si el fuego que iluminaba sus ojos era el del deseo ó el de la fiebre, si su sonrisa era hija del placer ó del sarcasmo de la desesperacion.

Mientras tanto una mirada de fuego le seguía á través de las infernales sombras de su vida como un remordimiento, como el espectro de su victima al asesino. Unido á él como su propia sombra, siempre silencioso y siempre despierto, espiaba la hora de su desgracia para arrojarle sobre él, como las aves marinas que siguen á la nave con la esperanza de un naufragio. Una mano oculta, la mano de la venganza, semejante á un huracan, arrojaba diariamente á su camino los hermanos, los padres, los esposos de sus amantes, á quienes una voz oculta y misteriosa informaba de la seducción de sus hermanas, sus hijas y sus esposas. Enrique vencía siempre, y cada una de sus victorias arrancaba una lágrima de desesperacion á Enriqueta, porque Margarita era la mano y la voz de esta misteriosa venganza; pero la fortuna y el valor no podian luchar siempre con aquel odio concentrado y oculto; aquel Napoleon de las mujeres debía tener tambien su Waterloo, y Margarita le aguardaba sonriendo: Una noche Enrique estaba solo con una bailarina del Circo (era el tiempo en que el baile del Circo hacia furor), y se divertía oyéndola chapurrar el español, con esa gracia peculiar á las hermosas cuando procuran hacerse entender en una lengua que apenas conocen. Vestida de sifide y sentada en sus rodillas, le habia cogido las manos, y suplia con los ojos lo que con los labios no acertaba á decir. Como el verano estaba ya bastante adelantado, la ventana de la habitacion estaba abierta y dejaba paso al aura consoladora perfumada al paso en los jardines vecinos; pero tambien daba paso á una mirada de mártir, á la mirada de Angélica que los observaba oculta en la sombra como una melancólica estrella desde una ventana fronteriza.

Aguilar la habia enclaustrado en una humilde casa habitada por una anciana mujer de mundo, que despues de haberse casado y envidado, dejó sus galas á la juventud con lágrimas en los ojos, como un ministro que firma el nombramiento de su sucesor, tomó la histórica capa, la característica papalina y la caja de rapé, y se hizo hermana de la orden de los jugadores. Muchas veces la habreis encontrado en los cafés y las fondas pidiendo rom y lumbre para encender sus cigarros, recitándolos versos, porque tiene sus puntas de poetisa, y esmaltando su conversacion con tal cual juramento, recuerdo de su vida anterior. Esta mujer, de edad entonces de cincuenta años, tomó á su cargo guardar á Angélica, á quien quiso mas de una vez, enamorada de su belleza, y seducida por la infantil dulzura de su carácter, educar á su modo y arrojar en la vida que ella misma habia tenido, no con mala intencion, sino con el buen deseo de las cortesanas que creyendo hacerlas un bien, corrompen á sus hijas; pero Angélica no la escuchaba, y apartada del mundo y cautiva en la soledad, veía pasar lentamente las horas, y formaba su alma en el silencio del dolor. Niña poco tiempo antes, una página de un libro la enseñó el amor, un beso se le hizo sentir, y el dolor la acostumbraba á reflexionar sobre él; su sentimiento adquiria toda la fuerza de aquellos que el alma elabora lentamente en la soledad, donde el poeta escribe el Apocalipsis como San Juan, y el político un plan de un imperio universal como Campanella. ¿Acaso el mismo Cristo no formó en la soledad el sistema verdaderamente divino de su religion? La idea á que en la soledad nos unimos llega á formar parte de nuestro ser, pasa á constituir nuestra alma, y nosotros nos convertimos en su encarnacion. El amor de An-

gética por esta circunstancia debía llegar á ser profundo, inmenso como los que sueñan los poetas y no se conocen en el mundo. Angélica debía llegar á ser la encarnación de una de esas creaciones admirables de los dramas de Byron, una Myrrha ó una Adah, adornada de todas las bellezas de la mujer en el cuerpo y de todos los esplendores del ángel en el alma, la encarnación de un sueño de poeta, bello ideal de la perfección femenil.

Una cosa sola la faltaba para que su carácter acabara de desarrollarse, conocerlos celos; y la casualidad, colocando á Enrique y su amante delante de su ventana, se los hacía conocer. Con su mirada de niña curiosa y de amante ofendida, espiaba desde la oscuridad el círculo de luz en que su amado aparecía con otra mujer, y los besos de sus labios resonaban en su corazón. La última hoja de la flor de su inocencia caía abrasada, y volaba á merced del viento de la noche; el amor se descubría ante ella de su último velo, y las lágrimas que de sus ojos corrían eran ya enteramente humanas; eran las lágrimas del amor tal como nosotros le comprendemos después de la edad de las ilusiones, cuando la fuente del sentimiento mas puro que brotaba en nuestro corazón se ha envenenado con el contacto del mundo, y la primera virtud puede recibir el nombre de vicio degradante.

El aura de la noche llevaba á sus oídos las palabras de aquellos dos amantes de una hora, como los perfumes de dos flores que se fecundan en la oscuridad. Su corazón latía al sonido de aquellas frases doradas, brillantes como las gotas de licor de la orgía, y que encerraban como ellas un rayo del sol de los amores, un alma mas para gozar. En aquel momento en que se revelaban á la virgen los misterios voluptuosos de la vida, en que se formulaban sus deseos, y sus ojos adquirían una nueva luz, momento preñado de pensamientos que se sentían sin explicarse, de dolores y placeres nuevos, porque en todo dolor hay cierto género de placer, como en todo placer hay cierto género de dolor; en aquel momento Angélica, ruborizada como un capullo entreabierto y con lágrimas en los ojos, sentía formarse completamente su carácter, y asistía á la mas profunda crisis de su naturaleza. El dolor daba la última mano á la obra que habia comenzado el amor, y el dolor es el mas sabio de nuestros ángeles.

De repente el rostro de Angélica palideció como el de la estatua de una tumba; sus ojos se abrieron desmesuradamente, y un grito de terror se heló en sus labios entreabiertos y descoloridos. La escena de la habitación de la bailarina habia cambiado como por encanto. Un hombre pálido fulminando miradas de tigre herido, y con un par de pistolas en la mano, apareció en el dintel de la puerta, cuyas dos hojas se habian abierto con estruendo.

Era D. Leon, el esposo de Margarita, el amante de la bailarina. Esta al reconocerle lanzó un grito, y su rostro palideció bajo la cascarrilla de pintura que le adornaba, arrancándose instintivamente de los brazos de Enrique.

Hubo un momento de terrible silencio en que D. Leon y Enrique cruzaron sus miradas, deteniéndose como dos esgrimidores que han cruzado sus aceros. Por último, Enrique soltó una sonora carcajada que heló la sangre en las venas de Angélica y asomó á la bailarina, exclamando: ¡D. Leon!

Habia en el modo con que fué pronunciada esta palabra una ironía tan sangrienta, la risa nerviosa en que se envolvía era tan insultante, que D. Leon sintió toda su sangre agolpada á la cabeza como si le hubiesen escupido en el rostro. Con un movimiento convulsivo empuñó una de sus pistolas, y la levantó á la altura del pecho de Enrique, que con su risa y su mirada parecia provocarla á que disparara; pero un pensamiento generoso le detuvo, y volviendo á bajar su arma, dijo con acento que en vano procuró fingir tranquilo: Yo soy, D. Enrique, el esposo de una mujer á quien Vd. sedujo vilmente, el amante de una mujer que encuentro en los brazos de Vd.

—¿Cuando trae Vd. dos pistolas por adorno en la mano? Ese es un lujo inútil, señor, dijo Enrique siempre riendo; eso no debe llevarlo sino quien sabe usarlo.

—Dentro de poco demostraré á Vd. que las sé usar.

—Me alegraré por Vd. ¿No son de juguete?

—Vd. verá.

—¿Cuándo?

—Mañana si Vd. gusta.

—¿Dónde?

—Donde Vd. quiera.

—¿En la venta del Espíritu Santo?

—Sea en la venta del Espíritu Santo.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y D. Enrique, sonriéndose siempre, hizo á D. Leon con la mano una seña de despedida.

D. Leon se detuvo aun un momento, y mirándole fijamente: Una palabra, caballero, dijo; se nos olvida arreglar las condiciones. En primer lugar, el duelo ha de ser á muerte.

Enrique se encogió de hombros diciendo: Eso es cuenta de Vd. —No, caballero, dijo D. Leon; es cuenta de los dos. Vd. ha creído que porque conoce el manejo de las armas y yo no, va á ir á cazar-me con tanta seguridad como pudiera hacerlo con una liebre; pero se equivoca. Yo no tengo el tonto placer de dejarme matar para añadir una línea mas á las memorias de Vd. Deseo que juguemos la vida legalmente. Que las probabilidades se dividan con igualdad entre Vd. y yo; y que si Vd. vence, sea porque así lo haya dispuesto el destino.

(Continuará.)

PABLO GAMBARA.

PARA EL ALBUM

DE LA SEÑORITA

DOÑA CARMEN BAEZA Y RIEGO.

Eres hermosa, cual divino arcángel
que en las regiones celestiales mora.
Como la Diosa venerada en Chipre,
tan seductora.

Son tus cabellos que envidiara Apolo,
rubia madeja que acaricia el viento;
tersa tu frente, despejada y pura,
ámbar tu aliento.

Son tus mejillas cual lozanas rosas;
tienes de nieve deslumbrante albuza,
ojos azules de mirada tierna,
limpida y pura.

Mórbidas tienes y elegantes formas,
seno turgente, colorido bello,
dientes cual perlas, cual coral los labios;
albo es tu cuello.

Es tu cintura delicado lirio,
palma que mece juguetona brisa;
tienes, hermosa, indefinible encanto,
dulce sonrisa.

Son tus palabras hechicero filtro,
hablas, é inspiras con la voz amores,
pasas, y al roce de tu leve planta
nacen las flores.

¿Quién insensible mirará el hechizo,
Cármén hermosa, que en tu ser se admira?
No cual mereces ensalzarte puede
tosca mi lira.

Eres hermosa cual divino arcángel
que en las regiones celestiales mora.
Como la Diosa venerada en Chipre,
tan seductora.

Ah! perderánse juventud, belleza,
gracias y encantos, adorable niña,
cuando el cabello de blancura el tiempo
rápido tiña.

Mas la dulzura, la virtud, talento,
prendas que tienes de valor constante,
esas del tiempo á la segur no ceden
s'empre cortante.

Esas estima sin igual el hombre,
no las que pasan cual fugaz centella.
Esas le muestran á su amada siempre,
siempre mas bella.

Dios te protege, cariñoso y tierno,
mágica y noble la virtud te inspira..
mas prendas tantas á cantar no alcanzo:
suelto la lira.

R. F. M.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

Una ánima sola ni canta ni llora.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.